

COLOSSEUM

JORDI NOGUÉS

COLOSSEUM



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: abril de 2016

© Jordi Nogués Aymerich, 2016
© de la presente edición: Edhasa, 2016
Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6288-6

Impreso en Encuadernaciones Huertas

Depósito legal: B. 5935-2016

Impreso en España

*A Lupe,
tuya fue la chispa que encendió esta idea
y mío, todo el reconocimiento.*

Para el lector

La presente novela es una ficción histórica –comúnmente llamada novela histórica–, y sus principales objetivos son entretener y aportar conocimientos de cómo pudo haber sido la construcción del Coliseo de Roma.

Sólo la Arqueología ha sido capaz de aportar algo de luz sobre la forma en que pudo construirse el citado monumento. La Historia ni siquiera menciona al arquitecto que dirigió las obras, y aunque se han propuesto nombres como Rabirius, Severo o Gaudencio, las fuentes primarias no nombran directamente a ninguno de ellos ni a ningún otro. Así pues, el lector entenderá que los hechos relatados a continuación sean una ficción histórica. Sin embargo, y a pesar de ser ficticios, tampoco podemos descartar que algo parecido a lo relatado sucediera en realidad.

Resulta particularmente curioso que, en la época en la que vivieron algunos de los más grandes historiadores que ha dado la Roma antigua –Tácito, Suetonio, Flavio Josefo o Plinio el Viejo–, ninguno de ellos mencione aspectos concluyentes sobre el proceso constructivo de lo que ha resultado ser el principal referente iconográfico del Imperio romano. Las breves referencias sobre su inauguración o los motivos que impulsaron a su construcción no son argumentos suficientes para establecer una estructura histórica con suficiente peso. Tal vez por eso ésta sea la primera novela que busque explicar algo tan complejo.

El nombre con que se conoce en la actualidad este edificio, Coliseo, le fue otorgado en la Edad Media. Dicen que la causa fue que se hallara situado junto a una colosal estatua de Nerón. En la época en que fue construido, y así se llamó durante los siglos inmediatamente posteriores, fue bautizado como el Anfiteatro Flavio, que es también como se conoce en los círculos más especializados de la Historiografía, la Historia del Arte o la Arqueología. El título de la novela obedece a la sana intención de acercar al lector al verdadero protagonista de todo el relato, pero en su interior –a partir de ahora– no hallarán ni una sola vez la nomenclatura más moderna.

Los grandes personajes históricos –Vespasiano, Tito, Julia Berenice, Lucio Licinio Sura, el abogado Larcio Licinio o el arquitecto Rabirius– son, por supuesto, reales. Pero el resto de personajes que protagonizan esta novela son ficticios.

El concepto de Imperator –emperador– era una fórmula nominal que el Senado atribuía al primer dirigente de Roma y representante. Así, por ejemplo, el título oficial de Vespasiano era IMPERATOR·VESPASIANVS·CAESAR·AVGVSTVS. Sin embargo, era un cargo con un acusado tufo a militarismo, y por ello entre los senadores y el propio Imperator seguía usándose, de manera habitual, el tratamiento de Princeps que habían otorgado a Augusto, cuyo recuerdo como gobernante ideal permanecía inalterable. El Princeps era, en esencia, el primer senador, el primer ciudadano de Roma. Medio milenio atrás, Pericles, en Atenas, había ostentado un nombre muy parecido: *protos aner*, primer ciudadano.

Es a partir del siglo III d.C. que el emperador ya gobierna como tal con titulaturas tan monárquicas como «Deus et Dominus», entre otras. A partir de ahí, todo resto del «Princeps» de los dos primeros siglos del primer milenio queda ya diluido. Los propios ciudadanos de la *urbe* tenían verdadero pánico a las fórmulas de gobierno unipersonal imperantes en los reinos orientales, y cuyo formato también usó Roma en sus inicios.

Es por ello que en esta novela, ambientada en el siglo I d.C., para el cargo que ostentaban primero Vespasiano y después su hijo Tito se ha usado el título de Princeps.

La cronología usada por los romanos para contar los años era distinta a la actual. Ellos usaban como fecha de inicio el año 753 a.C., cuando supuestamente fue fundada la ciudad; con el consiguiente *ab urbe condita* («Desde la fundación de la urbe»). Así, por ejemplo, nuestro año 79 d.C., según su calendario, sería el 832 a.u.c. Con la intención de facilitar la comprensión de la presente novela he usado nuestra forma de contar los años: la era cristiana. Ésta es, al fin y al cabo, una lectura cuya base primordial es entretener y dar una suficiente referencia histórica, y espero que el lector comprenda perfectamente este propósito.

«Quamdiu stabit Coliseus, stabit et Roma; quando cadit Coliseus, cadet et Roma; quando cadet Roma, cadet et mundus.»

(Mientras el Coloso se mantenga en pie, Roma se mantendrá en pie; cuando caiga el Coloso, Roma caerá; cuando Roma caiga, caerá el mundo.)

Beda, el Venerable (672-735)
(en referencia al Coloso situado junto
al Anfiteatro Flavio)

LIBRO PRIMERO

Prólogo

Roma, verano del año 70 d.C.

La ciudad estaba totalmente revolucionada.

Y con razón. No era muy habitual celebrar la entrada triunfal del flamante Princeps. Aunque en los últimos tiempos demasiados militares habían ostentado el *imperium maius*, las gentes de Roma esperaban que Vespasiano pusiera fin a la locura vivida el año anterior, durante el cual hasta cuatro hombres habían conseguido disfrutar del cargo supremo en el Senado de Roma, como Princeps, y de las legiones, como Imperators.

En realidad, pocos conocían a Vespasiano. Lo que la mayoría de la gente sabía de él se reducía a su brillantez como militar en Germania, Britania o Judea, o como gobernador en la provincia de África. Y alguno recordaba que, durante dos meses, obtuvo la magistratura más importante: el consulado. Aunque eso ocurrió diecinueve años atrás, y esos sesenta días apenas fueron suficientes para juzgar su labor.

En realidad, poco importaba todo eso al ciudadano de a pie. La plebe deseaba la paz. La paz que les permitiera disfrutar de todo lo que la ciudad podía ofrecerles.

Paz y fiesta. Sobre todo, fiesta.

Como si fuera un enorme triunfo, la llegada de un nuevo Princeps al poder era sinónimo de celebración, y esa celebración se dividía en dos partes perfectamente diferenciadas.

La primera era el desfile de la dignidad principesca por las principales calles de la ciudad. Su destino era el Templo de Júpiter Optimus Maximus, en la colina Capitolina, donde Vespasiano iba a ofrecer su corona de laurel al dios. Después se dirigiría a la Curia senatorial, donde sería confirmado en su cargo por el Senado.

La segunda era una gran fiesta con espectáculos y comida gratuita para todos.

El desfile se hacía en medio de una impresionante algarabía. Y no sólo auditiva. La gente aplaudía y gritaba con fuerza a favor del nuevo Princeps, y también le lanzaba flores, pétalos y ramas de laurel. El recorrido había comenzado en la Porta Triumphalis. El ejército había quedado fuera de la ciudad, en el Campo de Marte. Una vez dentro de la urbe, el máximo dignatario romano y su comitiva recorrieron el Foro Boario, el Velabrum, la Vía Sacra y la zona del Forum Magnus, y desde allí hasta la colina Capitolina.

Vespasiano iba montado en una cuadriga que él mismo conducía, y le acompañaba un esclavo. Como dictaba la tradición, el esclavo sujetaba una corona de laurel a una distancia de un par de dedos de la cabeza del nuevo Princeps, al mismo tiempo que repetía, en voz baja y sólo para su amo, la siguiente frase: «*Respice post te, hominem te esse memento*» («Mira detrás de ti, y recuerda que sólo eres un hombre»).

La ciudadanía en pleno estaba en la calle, pues todas y cada una de las personas que vivían en Roma, e incluso en las ciudades vecinas, habían salido a recibir al nuevo Princeps. Hoy no era día de clases sociales, nadie trabajaba –al menos mientras durase el desfile–, y ello contribuía a que las calles por donde transitaba la comitiva imperial estuvieran repletas de gente.

La ceremonia en la que Vespasiano ofrecería su corona de laurel a Júpiter sería el momento más sagrado de la jornada. Allí el jolgorio y la algarabía serían sustituidos por la quietud, el respeto y la solemnidad religiosa.

La colina Capitolina era la más alta de las siete legendarias colinas de Roma. Aun siendo su superficie mucho menor que el resto de elevaciones, su mítico pasado la convertía en el verdadero corazón de la ciudad que dominaba el mundo conocido. En tiempos monárquicos, mucho antes de la instauración de la República, la supremacía de los latinos la ejerció Júpiter Latiaris desde el santuario en los montes Albanos, muy cerca de Alba Longa. Para contrarrestar el poder de Alba Longa, los últimos reyes de Roma ordenaron construir el templo dedicado a Júpiter, Juno y Minerva: la Tríada Capitolina. Con el tiempo, se logró que, una vez al año, convergieran a ese culto hasta una cincuentena de pueblos vecinos para practicar sacrificios y rituales en común. Ello consiguió trasladar el centro de la Liga Latina a Roma, que acabaría convirtiéndose en la ciudad hegemónica.

Y la tradición se había mantenido de manera escrupulosa. Todos y cada uno de los cónsules otorgaban siempre los frutos de su victoria a las tres divinidades del Capitolio. Y, ahora, con la fórmula política del *Princeps* nada cambió: como un magistrado más, ante cualquier acto victorioso –como una batalla ganada o el acceso al poder, como era el caso de Vespasiano–, el *Princeps* ofrecía un sacrificio y un reconocimiento público de sometimiento ante los dioses.

Aunque la comitiva aún tardaría un poco en llegar. El recorrido del triunfo comenzaba al penetrar en el *pomerium* por la Porta Carmelitana. Una vez dentro del recinto de la urbe, el séquito circulaba a través del *Vicus Iugarius* para llegar a la zona del *Forum Magnus*. Tras cruzarlo, descendía por el *Vicus Tuscus* hasta llegar al *Circo Máximo*. Una vez allí, y aclamado continuamente por la multitud, Vespasiano ascendió más allá de la colina Palatina hasta llegar a la *Vía Sacra* y, pasando por segunda vez el Foro, llegó hasta los pies de la colina Capitolina.

La comitiva dejó el llano y enfiló por la *Clivus Capitolinus*, la vía sagrada que ascendía hasta la colina del Templo de

Júpiter. Un espacio corto y con la rampa justa para que los carros, y sus caballerizas, no sufrieran más allá de lo imprescindible para ganar la altura.

En cuanto la pompa llegó a la explanada situada en la parte superior de la colina, Vespasiano se apeó de la cuadriga. El esclavo le siguió con la corona de laurel en las manos.

—Creo que estoy recibiendo el justo castigo por mi origen innoble —le dijo Vespasiano a ese chico joven, el esclavo, que le había acompañado durante toda la procesión—. Los dioses sin duda consideran que no merezco disfrutar de este momento, y por eso lo he encontrado tan desesperante. Gracias a Fortuna, ya estamos aquí.

No lo dijo en voz muy alta, por lo que muy pocos pudieron oírlo; apenas los que estaban más cerca.

En la cima de la colina Capitolina, destacaba majestuoso el Templo de Júpiter. Se erigía sobre un pódium con una magnífica escalinata en su parte frontal. En tres de sus lados tenía pórtico; la parte trasera era la única que carecía de él. Tres hileras de columnas formaban una profunda *pronaos* que precedía a las tres *cellae*: tres espacios interiores, a modo de pequeños habitáculos, dedicados a las tres divinidades. La más ancha era la del centro, la dedicada a Júpiter.

Antes de la escalinata, y fuera del templo, un pequeño altar parecía ser el centro de toda la ceremonia sacra; apenas una estructura de mármol la mitad de alta que un hombre y algo más larga.

Aunque el Templo de Júpiter no era el único edificio que se alzaba en la colina. El templo dedicado a Fides y el de Ops eran los de mayor envergadura, y también había estatuas, altares, pórticos y monumentos conmemorativos de distintas épocas. Como lugar sagrado, cada vez que había que dar gracias a las divinidades las familias más pudientes de Roma erigían allí la constatación más visible de su agradecimiento.

Naturalmente, el Senado había impuesto algunas limitaciones. Su principal preocupación se concentraba en dejar

un gran espacio abierto justo delante del templo dedicado a Júpiter y alrededor de su altar.

Y en las inmediaciones de ese altar se congregaron los recién llegados. Los senadores, lictores, tañedores de pífanos, oficialidad y soldadesca se distribuyeron en los laterales, dejando la zona de la escalinata libre –nadie osaba obstaculizar la visión de los dioses– y también la parte contraria, la que daba a la ciudad.

Todo el público permanecía ahora en absoluto silencio. Parecía increíble que los mismos que habían alzado aquella exagerada algarabía fueran capaces, apenas unos minutos después, de mostrar tanto respeto por la tradición romana.

Con toda solemnidad, dio comienzo la ceremonia.

Ayudado por un grupo de esclavos y por el Flamen Dialis –el supremo sacerdote de Júpiter–, Vespasiano abrió en canal a los seis bueyes blancos. El rojo de la sangre contrastaba vivamente con la piel clara de los bóvidos. Aquello parecía gustar a la gente, a juzgar por las expresiones de sus rostros.

Después, el Príncipe cogió la corona de laurel y la alzó hacia el templo, en una clara acción de ofrecimiento a la divinidad. A continuación, dejó la corona sobre los restos de los animales, encima del altar, y el Flamen Dialis prendió fuego a todo el conjunto.

La humareda, en aquel día tan tranquilo y apacible, ascendió hasta perderse en las alturas. Fue entonces cuando Vespasiano, mirando hacia el interior del templo, empezó su discurso:

–Recibe, ¡oh, Júpiter!, mis ofrendas para agradecer tu benevolencia con todo el pueblo de Roma. Espero que sirvan para mostrarte mi humildad, pues, aunque con mi muerte me convertiré en tu hermano, ahora, en vida, no soy más que un hombre –miró de soslayo al esclavo que no había dejado de recordárselo durante todo el trayecto del Triunfo.

»Espero, ¡oh, Júpiter!, recibir tu gracia para conducir al pueblo de Roma hasta la verdadera paz y la concordia que tu

infinita sabiduría merece. –Aún sin ser un excelente orador, quedaba claro que era un gran líder militar, y que había arengado en unas cuantas ocasiones a sus tropas, pues usaba un tono en el que la épica y la tradición eran sus más preciadas herramientas–. Que los hombres ambiciosos y carentes de escrúpulos reciban tu castigo si osan desafiar tu voluntad.

»Y a vosotros, pueblo de Roma –se volvió mirando hacia la multitud que escuchaba–, os pido lo mismo. Respetad la voluntad de los dioses, trabajad con el máximo empeño, amad con toda vuestra pasión. Pero no cometáis traición, ni perjurio, ni asesinato, pues mi voluntad será firme y decidida con los criminales, los traidores y los asesinos.

»El último año ha sido difícil para todos. Roma, la ciudad que los dioses han decidido que ha de gobernar toda la Tierra, debe buscar su serenidad y la redención de todas sus faltas. El templo a Júpiter, Minerva y Juno está quemado... ¿Es así como queréis honrar a los dioses?! –lanzó la pregunta al aire, dejando un breve espacio de tiempo por si algún ciudadano quería replicar.

El silencio fue absoluto.

–No sé cuánto tiempo estaré en este cargo ni cómo seré recordado por generaciones futuras. Pero os aseguro que mi objetivo desde ahora mismo es convertir a esta ciudad tocada por los dioses en un lugar tan parecido al Elíseo como sea posible.

»¡Para que los dioses protejan Roma como su propia ciudad!

»¡Para que vosotros, pueblo de Roma, luzcáis con orgullo vuestro origen y disfrutéis con las maravillas de vuestra ciudad!

Esa última frase la pronunció con grave afectación, cargando sus palabras de épica.

Capítulo I

CALÍCRACTES

Todos los caminos conducen a Roma

Atenas, verano del año 70 d.C.

Calícrates contemplaba, con un ojo cerrado, el mayor de los templos de la Acrópolis: el Hecatompedón, el lugar donde se guardaba la estatua de Atenea Partenos. Parecía buscar nuevas formas de interpretar aquella estructura.

Ciertamente, estaba fascinado. A pesar de haberlo visto infinidad de veces, en los últimos tiempos su visión había adquirido tintes profesionales. Como arquitecto, no dejaba de admirar el sorprendente efecto visual que sus constructores habían logrado: mediante pequeños defectos en los fustes, habían conseguido dotar de una soberbia belleza a algo que, si se hubiera realizado tal como mandaban los cánones, habría sido terriblemente feo.

Como constructor, Calícrates conocía muy bien qué era la éntasis; él mismo la había aplicado en varias ocasiones. Con este recurso se pretendía corregir el defecto visual que provocaba un fuste en sección constante. Un ensanchamiento suave, y determinado, en un lugar de la zona media-baja de la columna, conseguía la visión que todo buen artista heleno buscaba: la belleza ideal.

Lo que realmente fascinaba a Calícrates era la perfección de la éntasis en el Templo de Atenea Partenos. Había

tomado una y cien veces las medidas y, sí, allí estaba aquella fascinante curvatura. Aunque a simple vista, desde una distancia muy cercana, era imposible de ver; por más que lo intentara una vez y otra.

Conocía, como todos los de su gremio, el nombre de aquellos extraordinarios artistas: aunque Fidias había sido el supervisor, la obra fue realizada por Ictinio, con la estrecha colaboración de un hombre con quien compartía nombre, Calícrates. Eso había ocurrido poco más de quinientos años atrás, pero aquella belleza aún fascinaba a todo el mundo.

Procedentes de distintos lugares del mundo civilizado, los visitantes llegaban a Atenas con la intención de contemplar aquellas maravillas. De hecho, la mayoría de esos visitantes procedían de Italia. Aunque Roma era la dueña de todo gracias a su fuerza política y militar, los helenos habían conquistado las mentes de sus conquistadores con la belleza de sus obras. Incluso algunos Príncipes habían favorecido especialmente a la provincia de Acaya, la parte más meridional de la península helena.

Y eso, aun siendo importante y motivo de satisfacción, pesaba como una losa en Calícrates. No quería que su pueblo fuera recordado sólo por sus obras pasadas, pues eso significaba que su arte había quedado relegado a un momento determinado. Él quería que el arte fuera algo perdurable y constante, sobre todo constante. Pues esa constancia significaría que el genio aún se mantenía y que no era algo sólo producto del pasado.

Calícrates apenas había construido edificio alguno que mereciera ser considerado como una obra de arte. Casas particulares, y algún que otro edificio público, construidos siempre bajo la premisa de la economía y la rigidez de las formas. Y aunque siempre intentaba dar un toque de belleza a sus obras, ésta apenas era perceptible para la gente corriente. Sólo otros profesionales de la arquitectura como él eran capaces de apreciarla.

Economía y rigidez de formas. Ése había sido el legado romano, y así le iba al mundo. A pesar de valorar positivamente el arte heleno y de vanagloriarse de poseer aquellas provincias, Roma buscaba la sobriedad en todo aquello que construía. Tal vez hubieran copiado a los artistas helenos, pero, al darle su particular visión, Roma no había hecho más que convertir el arte de antaño en una auténtica chapuza.

Ésa era la reflexión de Calícrates y de la mayoría de los profesionales helenos de la arquitectura. Herederos de un pasado esplendoroso, pero atados a su presente por las cadenas de una nueva realidad conceptual.

Desde su posición en la Acrópolis, el arquitecto heleno podía ver cómo el cargamento de mármol tallado viajaba con lentitud hasta la casa que estaba construyendo, en las afueras de la ciudad. Y mientras esperaba que aquel cargamento llegara a su destino, tenía tiempo para entretenerse buscando una mejora a la belleza que sus antepasados habían conseguido.

—¿Otra vez buscando defectos en algo perfecto? —una voz lo sacó de sus pensamientos. Aun sin verlo, Calícrates supo enseguida de quién se trataba: Typhon.

Ambos eran compañeros de infancia y tenían la misma edad —veinticinco años—, aunque la vida los había conducido por caminos muy distintos. Calícrates se centró en sus estudios matemáticos y filosóficos para llegar a ser aquello que siempre había soñado ser. Typhon, en cambio, había escogido un camino más fácil, aunque también mucho más inestable y totalmente confiado a la voluntad de los dioses: había competido como auriga en los juegos celebrados en Olimpia, y había obtenido una rotunda victoria. Aunque de eso ya hacía cinco años, aún vivía de aquella corona de olivo. Después, durante cuatro años el Príncipe romano, Nerón, fue el ganador de los siguientes certámenes; aunque allí en ningún caso hubo limpieza deportiva.

Ambos eran helenos, y, a pesar de que no eran buenos amigos, se respetaban. Typhon creía que su compañero era excesivamente dogmático, y estaba convencido de que no sa-

bía disfrutar de los verdaderos placeres de la vida. Por el contrario, Calícrates pensaba del auriga que el haber conseguido aquella corona de olivo no había hecho más que desarrollar un ya excesivamente hinchado ego.

–Nunca vas a ser nadie, Calícrates. Deberías plantearte otros oficios –le dijo con sorna Typhon.

El arquitecto estaba acostumbrado a las provocaciones de su compañero.

–Tu falta de visión te impide ver más allá de tus narices, Typhon. Yo no busco reconocimiento para mí: busco que mis obras sean recordadas durante toda la eternidad.

–¡Eso no te lo crees ni tú, Calícrates! Estoy seguro de que te dolería muchísimo construir algo como el Hecatompedón –así conocían los helenos el Templo de Atenea Partenos– y que tu nombre no apareciera por ningún lado.

Calícrates no le aguantó la mirada. Buscó algún punto concreto en el precioso edificio que tenía enfrente.

–¡Qué sabrás tú de lo que yo quiero conseguir! –No habló con excesiva pasión, pero sí con la suficiente para mostrar firmeza a su interlocutor. Typhon siempre conseguía sacarlo de sus casillas; desde muy niños, la rivalidad siempre los había enfrentado.

–Quieres lo que cualquiera: reconocimiento y riquezas. Nadie escapa de ello, ya sea heleno, romano o sirio. El ser humano es mucho más simple de lo que todos tus estudios de matemáticas y filosofía te han enseñado.

–Vaya, veo que también te has convertido en un sofista...

Typhon soltó una carcajada al comprobar que Calícrates se había ofendido.

–¡No, por Zeus! ¡Que los dioses me guarden de semejante bajeza!

–No entiendo tu falta de respeto por todo aquello que significa lo heleno. Parece que olvidas que has nacido aquí y que eres uno de nosotros. Que tus padres lo son, igual que tus hermanos.

–No olvido mis orígenes, ni mucho menos. Pero el mundo pertenece a Roma y, si quieres ser alguien en él, has de tener eso presente. Ahora somos griegos en un mundo romano, Calícrates, y esta provincia se llama Acaya. Cuanto antes aceptes esa idea, mejor para ti y para todos. Ahora es Roma la que rige los designios del mundo.

–Pero la belleza, la retórica y la filosofía helenas han invadido la mente de esos latinos. ¡Ellos nos veneran! Y no dejan de copiarnos. Quizá lo hagan de un modo vulgar, pero nos admiran casi..., ¡casi como si fuéramos dioses!

–Tal vez admiran los edificios helenos, pero sólo para poder fanfarronear ante sus vecinos de tener una casa más hermosa, o para demostrar al mundo que sus obras y su arte pueden competir con todo lo heleno, y con cualquiera que se ponga por delante. No hay nada de divino en esa admiración, créeme. El día que se ponga de moda Egipto, por ejemplo, todos querrán tener pirámides en sus peristilos –Typhon sonrió con sorna ante su propia ocurrencia.

–No. Quiero creer que va más allá de todo eso. Deben admirarnos por la lucidez de nuestras mentes, por la brillantez de nuestras apuestas...

–Puedes pensar lo que quieras –le interrumpió Typhon sin muchos miramientos–, pero eso no significa que tengas razón. Sólo hay que mirar alrededor para darse cuenta de cómo va el mundo. Despierta, Calícrates. Mira más allá de tu cerrada mente de arquitecto. El mundo es de los romanos, y será siempre así, hasta el fin de los tiempos.

–No –negó Calícrates por segunda vez–. Mientras viva, pensaré que hay algo más importante más allá del mundo de los romanos. Son sus legiones las que han conquistado el mundo. No lo ha hecho ni su cultura, ni sus leyes, ni su forma de vivir. ¡Nada! No puede reducirse todo al pragmatismo y al dominio de otros territorios. Tiene que haber algo más. Algo más sustancial.

–Pues vivirás en un error toda tu vida, amigo mío...

Calícrates chasqueó la lengua como toda respuesta a la última afirmación de Typhon. Parecía haberse quedado sin argumento alguno con el que replicar a quien fuera su compañero de la infancia.

–Te propongo una jugada –dijo Typhon, con una enigmática sonrisa–. Tú quédate con tus matemáticas y tus estudios, y sigue venerando a tus antepasados. Yo me buscaré mi fortuna allí donde es necesario hacerlo para triunfar en la vida. Y dentro de... –se detuvo unos instantes– unos diez años, nos volvemos a encontrar y valoramos cuál de los dos ha llegado más alto. Veremos quién ha conseguido triunfar y quién se ha quedado a medio camino.

Calícrates lo miró con desconfianza. Triunfar era una palabra colmada de múltiples errores. Para la mayoría, conseguir destacar socialmente o reunir una gran fortuna eran sinónimos de triunfo. Pero el joven arquitecto no pensaba así, ni mucho menos. Para él, triunfar significaba haber sido capaz de realizar su sueño: construir algún edificio hermoso y perdurable en el tiempo; una obra que fuera admirada por el resto del mundo a lo largo de los siglos. Eso era triunfar para él.

Sin embargo, estaba seguro de que para Thyphon la palabra «triunfo» tenía connotaciones muy distintas.

–¿A dónde pretendes ir? –le preguntó.

–A Roma. Buscaré obtener la ciudadanía romana y elevarme socialmente a través de mis victorias y mis dotes políticas.

El arquitecto resopló de manera muy exagerada.

–¡Roma...! ¡La ciudadanía romana! ¿Eso significa para ti el éxito en la vida?

–El éxito en la vida es alcanzar aquello que uno más desea –Calícrates se sorprendió ante aquel comentario. Después de todo, sus instintos primarios no eran tan distintos; sólo diferían en lo más superficial–. Y ése es mi máximo deseo. Tú tal vez te conformes con construir casitas el resto de tu vida. Pero en mi caso los dioses me han reservado algo mucho mejor.

–Mi concepción del éxito no se resume en «construir casitas», como dices con desprecio. Aspiro a que mis construcciones perduren en la historia, y que las generaciones futuras disfruten de su contemplación y belleza. Que los hombres del mañana se asombren de las maravillas del pasado y nos admiren por nuestras obras... –continuó en un tono más bajo, pero suficientemente audible para Typhon–. Me gustaría ser recordado como Fidias o como Ictinio; eso es lo que me gustaría, sí.

–Ya... –había muchísima ironía en aquella simple expresión.

–Nadie se acordará dentro de dos, de diez o de veinte siglos de un ganador en los juegos de Olimpia. Ni de alguien que simplemente alcanzó la ciudadanía romana: hay cientos, miles, muchísimos ciudadanos romanos. Dicen que Roma es una ciudad tan densamente poblada que incluso hay restricciones para el tránsito rodado. Aunque creo que eso no es más que una leyenda.

–Para ti lo único importante es que la gente te recuerde dentro de mil años o más...

–No quiero que me recuerden a mí, sino que al menos una de mis obras recorra los siglos y deje una huella en la Historia...

Aunque a Calícrates le gustaría también que su nombre fuera eterno, no lo dijo en voz alta, a pesar de que ese pensamiento henchía su corazón y su orgullo.

–¡Vaya una tontería! Me reafirmo en mi jugada, Calícrates. Dentro de diez años contrastaremos cuál de los dos ha obtenido más éxito en la vida. ¿Aceptas?

–¿Y por qué no? –contestó Calícrates apretando los labios con fuerza–. Tal vez consiga sorprenderte.

–¿Nos jugamos algo en concreto?

–No, creo que en todo esto el honor es más que suficiente. Por cierto –añadió el arquitecto–, ¿qué haces aquí? Me resulta de lo más extraño verte en este lugar. Tú necesitas siempre gente que te idolatre.

Typhon sonrió, divertido. No parecía ofendido por la burla de Calícrates. Además, era cierto: quería ser el centro de atención y sentir cómo la gente lo amaba casi como si fuera un verdadero dios.

—He venido a realizar una ofrenda a Atenea Niké. Me voy a Roma, tal vez acabe compitiendo en el Circo Máximo.

* * *

Calícrates estaba convencido de que el mármol más hermoso del mundo era el procedente del monte Pentélico, situado al norte de Atenas. La roca extraída de esa cantera había servido, desde tiempos ignotos, para levantar y esculpir la mayoría de los edificios y esculturas que habían glorificado a los artistas helenos.

Se trataba de un mármol especial, de eso no cabía duda alguna. No era necesario ser ateniense o heleno para darse cuenta de ello. Su ligera oxidación al quedar expuesto al aire libre daba como resultado una pátina dorada de increíble belleza. El sol, al impactar contra su superficie, le confería un tono muy parecido al oro, y era absolutamente imposible que los dioses no tuvieran nada que ver con ello. Aquél era, por supuesto, un pensamiento muy ateniense. Además, era una roca de excelente calidad: un buen tallista podía conseguir unas juntas tan perfectamente ajustadas que ambas piezas parecían ser una sola.

Desde siempre se había comentado que todo el sur de la Hélade era una península de mármol. Las canteras se extendían por todo el territorio, aunque con desigual nobleza. En el Peloponeso o en Argos, había yacimientos con roca de excelente calidad. Pero ninguna podía compararse a la que se extraía del monte Pentélico. Era la verdadera aristocracia pétreo.

Calícrates usaría muy poco de aquel mármol para su actual trabajo. Estaba acabando una villa para un hombre de clase alta. Situada en las afueras de Atenas, su estructura se

alejaba mucho de lo que era habitual en el mundo helénico. Y es que el estilo que se imponía desde la propia Roma salpicaba todos y cada uno de los rincones de su mundo conquistado. La urbe que dominaba el mundo había cambiado la planimetría de sus propias viviendas y adaptado ideas helenas, y al final sólo se había conseguido una mezcla chapucera sin una estructura armónica que favoreciera la belleza.

Al joven arquitecto no le gustaban aquellas nuevas propuestas, pero Apolonio, el aristócrata que le había encargado la villa, era un hombre duro e inflexible. Y el actual momento de construcción no estaba como para rechazar trabajos.

La nueva planimetría no era nada complicada. Al contrario, como casi todo lo de origen romano, la característica principal era el pragmatismo. Todo se reducía a dos estructuras cuadradas adosadas y alrededor de un espacio abierto cada una; el *atrium* y el *peristylum*: en torno al primero, se distribuían las principales habitaciones de la casa, y el segundo espacio abierto era el dedicado al recreo familiar. Curiosamente, este *peristylum* era de origen heleno, con lo que la pureza de formas y estilos había perdido todo su sentido.

Aun así, pese a la dureza y la obstinación de Apolonio, hubo dos cuestiones en las cuales Calícrates no transigió: ambas, curiosamente, significaban el principio y el final de la obra.

La primera de ellas había sido la cimentación. Las nuevas técnicas romanas basaban la mayoría de su construcción en una nueva argamasa llamada por los latinos *opus caementicium*. En opinión del arquitecto heleno, los romanos parecían haberse vuelto locos con ese material, y lo estaban imponiendo incluso por encima de algo tan sólido y probado como era la piedra. Y ahí Calícrates impuso su mayor oficio: la cimentación estaría hecha de grandes bloques de piedra dispuestos de forma lineal, y no discontinua.

La segunda cuestión había sido la fachada. Y también por la influencia romana. En Italia, esas modernas maneras

de construir, buscando la ligereza de materiales, la economía y el pragmatismo, habían llegado a dogmatizar como bellas las fachadas hechas con ese ya comentado *opus caementicium*. Incluso se pretendía demostrar que unas retículas de distintos tamaños eran hermosas. Calícrates tenía una concepción muy distinta de lo que debía ser la fachada de un edificio. Opinaba que esa parte fundamental, ya fuera de una casa o de cualquier tipo de edificio, tenía que reflejar al máximo aquello que albergaba en su interior. Si dentro había personas sensibles y amantes de la belleza y el buen gusto, era necesaria una ornamentación exquisita. Si, en caso contrario, dentro vivían gentes de mentes grises y faltas de buen sentimiento, entonces cuanto más sobria y vulgar fuera la fachada, mejor. Naturalmente, ese argumento convenció de inmediato a Apolonio.

Ahora estaban llegando, en unos carros tirados por bueyes, las placas de mármol pentélico que servirían para decorar la fachada. Se habían retrasado unas buenas horas, pero por fin estaban aquí. Había comprobado *in situ* el magnífico talle del artesano picapedrero, y estaba seguro de que las piezas encajarían de manera perfecta entre sí.

Calícrates pasó la punta de los dedos buscando el contacto con aquella exquisita roca. Era fría, por supuesto, pero desprendía una finura al tacto que era muy agradable. Y su aspecto, con aquella tonalidad dorada, era delicioso.

El arquitecto tenía a su cargo a tres maestros albañiles y a media docena de esclavos. De los tres primeros, únicamente confiaba en uno para poder realizar aquel trabajo tan delicado: Aristófanes, un hombre algo mayor, pero con unas manos casi de seda.

A Calícrates le encantaba participar en la colocación de aquellas piezas de mármol. Era algo que hacía con sumo placer. Habitualmente, el arquitecto era el primer albañil de la obra, y a pesar de dirigirla también trabajaba en ella como el que más; aunque como responsable del proyecto su trabajo iba mucho más allá del estrictamente constructivo.

Cuando los esclavos empezaron a descargar los bloques de mármol, apareció Apolonio, el dueño de la villa y la persona que corría con todos los gastos de la obra. Su presencia extrañó a Calícrates, pues no solía aparecer por allí. No era día de pago ni se le requería para nada.

–Debemos hablar... –dijo en un tono serio y grave el recién llegado. Con aquellas palabras, quedaba claro que tenían que hacerlo en privado.

Tal vez deseara proponer un cambio estructural, o unos retoques finales distintos a los planificados. Los cambios de última hora eran muy habituales; cambios que no siempre eran bienvenidos por los encargados de levantar una obra, y que normalmente provocaban acaloradas discusiones.

Pero quizás era otra cuestión la que lo traía allí.

Ambos caminaron hasta un pequeño encinar, a pocos metros de la obra, pero resguardado de oídos curiosos.

Por la mirada del Apolonio, Calícrates supo que algo no iba bien. Tal vez se trate de otra cuestión, se repitió.

–No voy a andarme con rodeos –comenzó el aristócrata. Era un hombre de unos cuarenta años, con la piel clara y el cabello aún oscuro y espeso–. No puedo cumplir con el último pago. La casa debe quedarse tal como está...

Un sudor frío recorrió la piel del arquitecto, que frunció el ceño y miró a su patrón, lleno de nerviosismo.

–Pero... ¿Cómo...? Cómo es posible...

–Mis cinco barcos han naufragado y no he podido recuperar nada de lo invertido. Estoy arruinado. –La altivez que siempre había caracterizado a Apolonio parecía haberse esfumado, como si un mal viento se la hubiera llevado muy lejos de allí, o como si se hubiera hundido en aquel funesto naufragio–. He de venderlo todo para pagar las deudas...

–Pero... no puedes hacer eso. Llevas más de dos meses de retraso en el pago, y hay una enorme deuda en lo construido hasta ahora...

Apolonio hizo un gesto negación para detenerlo.

–Yo tengo mis propios problemas...

–¡No puedes desentenderte así como así! Voy a perderlo todo...

–Bueno, así sabrás cómo me siento ahora mismo... –respondió con cinismo su patrón.

–He avalado con mi casa toda la obra. Y lo hice como un favor para poder acabarla sin excesivos retrasos.

–Ése es tu problema. Apáñatelas como puedas.

Y dicho esto, el aristócrata se marchó sin decir nada más, dejando solo a Calícrates.

El joven arquitecto se sintió desfallecer. Apenas podía dar crédito a lo que acababa de ocurrir, y comenzó a caminar en círculos, cada vez más rápido. Tenía que hacer algo, las cosas no podían quedar así... Tenía que reaccionar, tomar la iniciativa... De pronto, tras unas cuantas vueltas más, se detuvo.

Tenía que hacer algo, pero no se le ocurría nada.

* * *

Cuatro semanas después, Calícrates entraba en lo que siglos atrás había sido la polis de Corinto. Aunque aquella ciudad había sido destruida hasta los cimientos por las legiones romanas y ahora ostentaba el flamante nombre de Colonia Laus Iulia Corinthus, todos los helenos la seguían llamando Corinto.

Y ello a pesar de que nada quedaba de la antigua ciudad, que, tras la salvaje destrucción, fue erigida de nuevo y dotada de todo aquello que se suponía que debía tener una urbe romana. Poco después, también se convirtió en la capital de la provincia romana de Acaya; una nueva distribución territorial para despedazar la siempre imposible unidad de la Hélade.

Atenas conservó su primacía cultural, pero la capital fue trasladada a Corinto, que se erigió en el nuevo centro administrativo. Allí vivían el procónsul y los pretores que impartían justicia. Y ése era el motivo de la presencia de Calícrates en Corinto.

Sus impagos por las deudas le habían convertido en moroso. Y pasar de ese estado a ser denunciado por estafa y robo fue sólo cuestión de tiempo.

El aval que había cubierto con sus propiedades apenas le había valido para la mitad de la deuda contraída por la construcción de la villa de Apolonio. Su mujer y sus dos hijas habían ido a vivir a casa de los suegros de Calícrates, mientras él buscaba la forma de recuperar todo aquello que había perdido.

Ahora, su caso había llegado hasta la más alta magistratura de justicia, y esperaba que fuera resuelto, de manera favorable, ese mismo día.

La desaparición de Apolonio suponía un duro revés, pues apenas contaba con poco más que su propia palabra para defender el caso. El aristócrata, literalmente, se había esfumado. Nadie sabía, de momento, cuál era su paradero.

Calícrates estaba solo. Solo con su palabra.

Las audiencias se celebraban en la basílica, y la mayor de ellas, pues había varias, era un enorme edificio construido con todos aquellos elementos tan típicos de la romanización. Naturalmente, a Calícrates le faltaban ojos para valorar los detalles arquitectónicos de aquel edificio; pensaba que, una vez acabada la visita, y si finalmente era absuelto, podría dedicar-se un buen rato a ver cómo había sido construido.

Una vez dentro, y tras dar su nombre a un funcionario, fue conminado a esperar.

El edificio estaba compuesto de una única sala dividida en tres naves. Dos largas hileras de columnas separaban aquellos tres espacios, y las paredes laterales apenas habían sido embellecidas por unas pocas columnas de aquel nuevo orden que los romanos habían creado mezclándolo todo un poco, como hacían tan a menudo.

Estaba ensimismado contemplando el edificio, cuando un esclavo reclamó su atención. Le hizo entrega de un papiro; allí, en latín, se le comunicaba que su caso se trataría en la Basílica Iulia, situada al oeste del ágora.

Bueno, lo de ágora sonaba casi a broma. Ahora tenía que llamarse foro, aunque era prácticamente la misma cosa. Sólo los de origen latino lo llamaban de la nueva forma, el resto de helenos aún usaban el mismo nombre de sus antepasados.

La Basílica Iulia era un edificio mucho más pequeño. Apenas llegaba a la mitad que su compañera, y también mostraba una configuración distinta. En primer lugar, el acceso no era por un extremo, sino por el mismo centro..., en uno de sus laterales. Una vez dentro, también vio grandes diferencias: un único recinto se extendía a lo largo y ancho del interior de la basílica, y una doble hilera de columnas configuraba un pasillo interior, pero sin ninguna intención de buscar nuevas distribuciones.

El arquitecto dio un rápido vistazo a los detalles de la estructura, aunque estaba empezando a ponerse nervioso. Estaba seguro de que le darían la razón, pero moverse en los límites del propio convencimiento y la legalidad de la justicia no era lo más adecuado para disfrutar de su visita. Entregó el papiro al funcionario de la entrada, y éste, nuevamente, le hizo esperar. Poco después, era conducido ante el magistrado correspondiente, un pretor que actuaría como juez.

Se trataba de un individuo de claro origen latino. Era de complexión media, delgado, y ya bastante mayor; por su aspecto, Calícrates calculó que tendría poco más de cincuenta años. Una enorme nariz ganchuda sobresalía de aquel rostro ovalado. Lo acompañaban dos guardias armados, situados ahora uno a cada lado del arquitecto, y un secretario sentado en un extremo de la mesa que tomaría nota de todo y daría fe del buen desarrollo del proceso.

–En ausencia del nuevo cuestor, yo seré el encargado de administrar justicia en tu caso. –El tipo lo miraba a los ojos, sin apartar su mirada ni por un involuntario pestañeo–. Tienes suerte. El anterior cuestor, Marco Licinio Sura, era un hombre excesivamente dado a los rodeos. Ahora el juicio será rápido y justo, como debe ser.

El juez bajó la mirada buscando los datos apuntados en el papiro.

–Calícrates, maestro arquitecto, acusado de estafa y robo –leyó el magistrado en voz alta–. El montante de su estafa asciende a...

–No se trata de una estafa –interrumpió Calícrates, nervioso, muy nervioso.

El magistrado alzó la mirada hacia él, visiblemente molesto.

–Eso, joven, he de decidirlo yo. Por eso estoy aquí y tengo más conocimientos que tú.

–Me estafaron...

–¿Así que ahora sí es una estafa? ¿En qué quedamos?

–Sí, bueno..., no. En realidad, fue una estafa, pero no fui yo...

–¿Acaso no eres Calícrates, maestro arquitecto, natural de Atenas?

–Sí, pero...

–Entonces, ¡cállate! Si vuelvo a oír tu voz, ordenaré a los guardias que te hagan callar. Y te aseguro que ellos no se pondrán a discutir contigo.

El arquitecto miró a aquellos hombres de armas que lo flanqueaban y, al comprobar las espadas que pendían de sus cintos, entendió que lo más adecuado era callarse.

–Empecemos de nuevo –suspiró el magistrado con resignación, dando muestras de cansancio–. Calícrates, maestro arquitecto. Acusado de estafa y robo por la *boulé* de Atenas. El montante de su estafa asciende a noventa y cinco mil sesteracios, unos veintitrés mil setecientos cincuenta denarios. Según consta aquí –se dirigía al secretario–, con la venta de los bienes del acusado, la deuda aún asciende a treinta y cuatro mil cuatrocientos sesteracios, unos ocho mil seiscientos denarios. ¿Cómo piensa pagar el acusado tal suma? –hizo la pregunta mirando directamente a Calícrates.

–Bueno... No sé... Tal vez podría...

–Secretario, tome nota: el acusado dice no saber la manera de satisfacer la deuda con la *boulé* de Atenas.

–¡Esto es injusto! No se me permite hablar.

El grito del arquitecto resonó en toda aquella sala.

El magistrado lo miró fijamente y frunciendo los labios, muy serio.

–Mira, muchacho, la ley romana es muy justa. Se aplica sobre el principio que hay que dar a cada uno lo que le corresponde. Es un principio justo y que ha servido para que la gloria de Roma llegue hasta los confines de la Tierra.

–¡Pero el estafado he sido yo! ¡Ni siquiera se me ha permitido explicarlo!

–¿Puedes aportar algún documento que pruebe tal afirmación?

El contrato con Apolonio había sido de palabra, como la mayoría. Un contrato por escrito incrementaba el valor de la obra con una grabación impositiva de más del diez por ciento; por esa razón, muchos contratantes preferían hacerlo de esa forma. Sin contrato, era sólo su palabra. Y su palabra era insuficiente para demostrar nada: Roma no concedía crédito alguno a quien no pudiera demostrar nada.

Calícrates negó con la cabeza. El magistrado, sin pronunciar palabra, le invitó a demostrar su inocencia.

–Apolonio de Atenas me contrató para construir una casa de campo...

–¿Y no firmaste contrato alguno con él?

Por segunda vez, el arquitecto negó con la cabeza.

–Aunque tengas toda la razón del mundo, a lo que este tribunal aspira es a la justicia máxima. Y sólo las pruebas pueden dar fe de la verdad. Sin pruebas, son sólo tus palabras las que se estrellan contra estos sólidos muros, Calícrates. Secretario –dijo mirando al escribano–, tome nota de las palabras del acusado y de que no es capaz de aportar prueba alguna.

El arquitecto se veía perdido. Sabía cuál era la pena en un caso como el suyo. Lo había visto otras veces.

—Por tanto, para satisfacer su deuda, el acusado sólo cuenta con su prole además de su propia persona. Tiene dos hijas, de dos y cuatro años cada una. Sentencio a que Calícrates, maestro arquitecto, sea vendido como esclavo junto con sus hijas en la misma Roma, donde su precio será más alto, de modo que con esa cuantía pueda subsanarse la deuda. En caso de que el precio no sea suficiente, el propio Princeps de Roma abonará la diferencia a la parte estafada.

Aquellas palabras resonaron en su mente como si hubieran sido esculpidas a martillo. Aunque en lo único en que podía pensar en aquel momento era en la suerte que correrían sus dos hijas.